

EXPERIENZE



Creada por
Chris Carter



BEN MEZRICH

PREL

Dos estudiantes de medicina acuden al depósito de cadáveres para realizar una actividad truculenta pero habitual: la «recogida» de piel humana para su uso en trasplantes de emergencia.

Esa noche, sin embargo, los jóvenes se equivocan de donantes, y las consecuencias de su error serán catastróficas... Mulder y Scully deben iniciar una carrera contra el tiempo para detener los pavorosos acontecimientos desencadenados, y en su empeño pasarán por siniestras empresas de biotecnología e incluso por la mortal jungla de Tailandia.

1

Dos horas después de medianoche las sirenas hendían las paredes de ladrillo rompiendo la momentánea calma. Las ambulancias frenaron de golpe con un chirrido contra el asfalto y los enfermeros descargaron entre gritos a sus pasajeros. Un instante después las puertas se abrieron de golpe y la enorme sala pareció encogerse a medida que un torrente de camillas desfilaba por ella.

—¡Allá vamos! —gritó alguien, y de pronto la sala de urgencias cobró vida.

Médicos ojerosos con batas blancas y pijamas azul pálido correteaban y pedían a gritos medicamentos o cirujanos. Las enfermeras con uniformes rosa correteaban entre las camillas armadas de instrumental sanitario. A primera vista la sala parecía inmersa en el caos, pero en realidad se estaba llevando a cabo una intrincada operación, totalmente controlada. Los médicos y enfermeras colaboraban como atletas profesionales, realizando sus cometidos en cinéticos estallidos de armonía.

Acurrucado en un rincón de la sala de urgencias, Brad Alger contemplaba el espectáculo con ojos desorbitados. Aunque llevaba de servicio menos de veinte minutos, ya tenía el pijama empapado en sudor y las mangas cubiertas de manchas rojas, y sus zapatillas blancas se habían tornado de un extraño color casi violeta. Su pelo rubio platino se alzaba de su cabeza en desgredados rizos como un amane-

cer en miniatura. Tenía profundas ojeras bajo sus vidriosos ojos azules y parecía no haber dormido durante meses.

Se enjugó la frente con una manga húmeda y se apartó rápidamente cuando una desaliñada enfermera colocó un carro de curas contra la pared junto a él.

—Dios mío —resolló Alger con voz chillona—. Estamos hasta las cejas. La primera andanada ya me pareció impresionante, pero esto es una locura. ¿Cuántas ambulancias dicen que vienen?

—Veintidós —respondió la enfermera, tirando al suelo un par de guantes ensangrentados—. Tal vez más. Al principio pensaron que había sido un accidente de nueve coches, pero ahora dicen que son por lo menos trece.

Alger lanzó un silbido.

—Trece coches. A las dos de la madrugada.

—¿Es su primer viernes por la noche?

La enfermera tenía unos ojos bondadosos y el cabello oscuro y corto. Alger le calculó unos treinta o treinta y cinco años. Se sentía como un niño a su lado, e intentó borrar el miedo de su voz.

—Entré como interno el domingo.

La enfermera sonrió.

—Bienvenido a Nueva York.

Cogió unos guantes del carrito y volvió a la refriega. Por enésima vez en menos de una semana Alger se preguntó qué demonios estaba haciendo allí. Un mes atrás era estudiante de cuarto año de medicina en Cincinnati, Ohio. Sus mayores preocupaciones eran el pago de las matrículas de la escuela y Kelly Pierce, su más reciente ex. Había hecho turnos en la sala de urgencias de Cincinnati, pero jamás había imaginado nada como aquello.

La tarde había comenzado inocentemente. Unos cuantos electrocardiogramas, un puñado de heridos de arma blanca, unos cuantos pacientes de pulmón intentando meter cigarrillos bajo las máscaras de oxígeno. Y entonces se oyó por el interfono la llamada a la sala de urgencias. Había

habido un accidente en cadena en la autopista FDR. Al menos diez heridos muy graves y otras dos docenas de diversa gravedad. Habían sido convocados todos los médicos disponibles del hospital y la sala de urgencias estaba en plena alerta roja.

Alger había cometido el error de preguntar a Duke Baker —el jefe de internos, un hombre descomunal de muy poca paciencia— qué significaba aquello en cristiano. Duke había contestado que alerta roja significaba intentar no matar a nadie antes del amanecer y mientras tanto no tocarle a él los cojones.

—¡Brad! ¡Aquí!

A Alger se le aceleró el corazón al ver a Dennis Crow. Alto, delgado, de cabello oscuro y abundante y la piel llena de pecas, Crow era uno de los cuatro internos que había comenzado con Alger y el único que parecía todavía más fuera de lugar. Había crecido en una granja y había estudiado en la Universidad de Wisconsin; la sala de urgencias de una gran ciudad estaba totalmente fuera de su experiencia. Dos enfermeros forcejeaban con un paciente que se agitaba en convulsiones mientras Crow intentaba introducirle un tubo por la garganta. Aunque los enfermeros eran fuertes y corpulentos, se las veían y deseaban para mantener quieto al herido. Uno intentaba sujetarlo con un velero en torno a los hombros mientras el otro le sujetaba las muñecas.

Alger cogió del carrito un par de guantes de látex y echó a correr pidiendo un equipo de electrocardiogramas y una bandeja de medicamentos. Llegó a la camilla de Crow un instante antes que la enfermera con el equipo. María Gómez procedió a colocar los electrodos del monitor de electrocardiogramas en el pecho del paciente. Era una mujer corpulenta, con grandes pliegues de grasa que colgaban de su cuello y sus brazos, pero de movimientos fluidos y expertos. Sus ojos marrones reflejaban una chispa de preocupación. Crow y Alger eran internos con menos de una semana de experiencia. Ninguna enfermera en su sano

juicio querría estar allí para ver a dos niños jugando a médicos.

Alger desechó este pensamiento. Él no estaba jugando a los médicos, era un médico. Concentró su atención en el paciente.

Caucasiano, de unos veinticinco años. Alto, fuerte, de rasgos marcados, como de boxeador, y brillantes ojos azules. El cabello rubio, cortado al rape, al estilo militar. Los enfermeros ya le habían quitado la camisa y en su hombro derecho se veía un tatuaje, una especie de dragón escupiendo llamas rojas. No había señales visibles de traumatismo, ninguna de las heridas que Alger hubiera esperado en una víctima de accidente de tráfico.

Crow consiguió por fin pasarle el tubo más allá de la epiglotis. El pecho del paciente se combó bajo los electrodos y Crow rápidamente ajustó una bomba de oxígeno a la válvula en el extremo del tubo. Cuando la respiración del hombre se regularizó, Crow se apoyó contra la camilla y cerró los ojos. Alger se volvió hacia los enfermeros.

—¿De qué se trata?

—Le encontraron inconsciente en la cuneta, a unos seis metros del accidente. No mostraba contusiones ni señales de traumatismo. Sufrió dos convulsiones en la ambulancia y hace unos minutos entró en insuficiencia respiratoria.

—¿Tiene algún historial?

El enfermero se apartó de la camilla.

—No llevaba cartera ni ningún documento de identidad. No responde a ningún estímulo. En la ambulancia estuvo unos minutos consciente, pero no logramos que respondiera ninguna pregunta.

—¿Se le ha dado alguna medicación?

—No. El pulso y la presión sanguínea parecían correctos. Como ya he dicho, no sufrió de insuficiencia respiratoria hasta hace un momento.

—¿Y el electro?

—Usted será el primero en verlo. Allí no había tiempo más que para recoger a los heridos. Teníamos otros dos en la misma ambulancia, ambos en peor estado. Ni siquiera sabemos si éste estaba involucrado en el accidente. Desde luego no parece que haya salido despedido por un parabrisas ni nada parecido. —Se interrumpió un momento—. Bien, chicos, a partir de ahora es todo vuestro.

El rostro del enfermero reflejaba cierta vacilación, y Alger se sonrojó. No podía evitar parecer tan joven. Asintió con la cabeza, con expresión decidida. El enfermero dio media vuelta y se dirigió hacia las puertas. Su compañero hizo un gesto con la cabeza y le siguió. Ahora el paciente quedaba en manos de los dos internos. Alger echó un vistazo a Duke, que estaba inclinado sobre un paciente al otro lado de la sala, y rechinó los dientes. Era un novato, pero se haría cargo de aquello.

—Muy bien, comencemos por lo básico. Vías respiratorias, ritmo cardíaco.

Sabía que debía de parecer un idiota ante una enfermera experimentada, pero tenía que comenzar por lo que sabía, es decir, el arte de la medicina. Observó el movimiento del pecho del paciente y supo que Crow había hecho un buen trabajo con la intubación. Luego se volvió hacia el monitor de electros y clavó la vista en la pequeña pantalla sobre el carrito de acero.

—Mierda —susurró.

Crow miró el monitor con expresión alarmada. La pantalla estaba cubierta de frenéticas líneas verdes.

—¡Está brincando como una rana! El corazón le está dando saltos mortales. ¿Es una fibrilación ventricular?

Alger movió la cabeza. Todavía no se había producido un paro cardíaco, pero desde luego estaba a punto de producirse. Alger nunca había visto nada igual. En el monitor aparecía una alta cadencia seguida de un prolongado salto. Tan pronto parecía indicar un ritmo normal como brincaba con una combinación de arritmias. Si los enfermeros hubie-

ran visto una lectura tan insólita estando en la ambulancia jamás habrían entregado al paciente a dos internos. Lo habrían llevado directamente al médico jefe.

Alger volvió a mirar al enfermo. Parecía tranquilo, todavía inconsciente, pero bajo la piel se percibían visibles espasmos. Sus músculos vibraban en concordancia con las lecturas de la pantalla. Algo extraño estaba sucediendo, sin duda.

—Dios mío, esto va mal. ¿Cómo tiene la presión?

María Gómez alzó la vista del esfigmomanómetro atado al brazo derecho del paciente.

—Doscientos veinte y noventa.

—¿Qué?

La enfermera miró de nuevo el manómetro y se encogió de hombros.

—Dos veinte y noventa —repitió.

Alger tosió. Le ardía el estómago. Dos veinte y noventa era una presión extremadamente alta. Junto con el errático ritmo cardíaco, era un signo de peligro. El aparato circulatorio del paciente estaba fuera de control, y su corazón estaba recibiendo demasiado estímulo.

—¿Infarto de miocardio agudo? —Aventuró Crow—. Tal vez embolia pulmonar.

Alger movió la cabeza. La lectura del monitor no parecía indicar infarto de miocardio ni embolia. Se enjugó el sudor de los ojos. Calma, no te desconcentres, se dijo. Era un misterio, pero aquello era lo emocionante de las urgencias, ¿no? Resolver misterios.

—Bien, hay que estimular la circulación, necesitamos...

—¡La presión está subiendo! —Exclamó Gómez—. ¡Dos treinta, noventa!

Mierda. ¿Cómo podía seguir subiendo la presión? ¡Ya estaba fuera de los límites! Alger lanzó una maldición. Sabía que era el momento de llamar a Duke. El paciente estaba a punto de sufrir un paro cardíaco. En ese instante Crow le gritó:

—¡Es una fibrilación ventricular!

Alger se volvió hacia el monitor. Las líneas verdes, caóticas y frenéticas, indicaban que el hombre sufría en efecto una fibrilación ventricular. El corazón respondía a aleatorios impulsos eléctricos y ya no era capaz de bombear sangre al resto del cuerpo. En otras palabras, el paciente se moría.

—¡La presión está bajando! —dijo Gómez.

Alger se precipitó sobre el equipo de urgencias mientras Crow gritaba el código. Normalmente médicos y enfermeras se habrían abalanzado hacia el paciente, pero aquella noche, con la sala de urgencias a reventar, apenas se captó el código. Alger sabía que Duke se acercaría en cuanto se diera cuenta de que dos internos estaban a cargo del moribundo, pero no había tiempo de esperar al médico jefe.

Cogió el reanimador del equipo de urgencias, le aplicó el gel conductor y lo frotó. No tenía más remedio que provocar un *shock* en el paciente y rezar para que su corazón recuperase un ritmo normal. Jamás había utilizado antes el reanimador, pero había visto el procedimiento una docena de veces cuando era estudiante.

—Trescientos julios —ordenó, intentando que su voz no traicionara sus emociones. Sabía que trescientos era una cantidad muy alta para empezar, pero el paciente era un hombre corpulento y fuerte. Seguramente había hecho ejercicio todos los días de su vida—. ¡Listos!

Todos se apartaron de la camilla. Alger presionó el reanimador contra el pecho del hombre y apretó los gatillos con los pulgares. El cuerpo se alzó de una sacudida y volvió a caer sobre la camilla. Alger se volvió hacia el monitor de electrocardiogramas.

Nada.

—¡Trescientos setenta! —indicó a Gómez.

—Dios mío —murmuró Crow—. ¿Dónde coño está Duke?

Alger no le hizo caso. No había nada que Duke pudiera hacer en aquellas circunstancias. O reactivaban el corazón del paciente o moriría. Gómez aumentó el voltaje.

—¡Listos!

Esta vez el hombre se arqueó diez centímetros por encima de la camilla, con el cuello hacia atrás y los brazos agitando bajo las correas de velero.

—¡Línea plana! —Exclamó Crow—. ¡Se nos ha ido! Brad...

—¡Otra vez! —Gritó Alger—. ¡Listos!

El olor de piel quemada se alzó en el aire. Alger se volvió frenético hacia el monitor. Nada. Dejó el reanimador y colocó las manos en el centro del pecho del paciente para realizar el masaje cardiopulmonar más desesperado de su vida. El pecho mostraba una extraña rigidez, la piel estaba dura, casi correosa. Alger trabajó casi en completo silencio, intentando hacer revivir el corazón del paciente, sin hacer caso del sudor que le chorreaba por la espalda ni del dolor de sus brazos y hombros. En su mente repasaba una y otra vez todo lo que había sucedido, buscando la razón de que las cosas se hubieran torcido tanto. ¿Había pasado algo por alto? ¿Podía haber hecho algo más? ¿Había tomado la decisión correcta al aplicar el reanimador?

—¿Bien? —preguntó desesperado, aunque ya conocía la respuesta.

—Nada —respondió Crow—. Se nos ha ido, Brad. Estás masajeadando a un cadáver.

Alger miró el monitor y luego a Crow. Gómez le hizo una señal con la cabeza. Dejó caer los hombros y los brazos le quedaron yertos. Maldita sea, pensó. Todo había sucedido tan deprisa. Duke seguía trabajando con un paciente en la parte delantera de la sala. O no había oído el código o también él tenía una urgencia entre manos.

Alger tragó saliva, diciéndose que había hecho todo lo posible. Duke no habría manejado la situación de otra forma. El paciente había sufrido un paro cardíaco menos de

dos minutos después de haber entrado en urgencias. El reanimador podía haberle salvado, y desde luego no había sido la causa de su muerte. Aun así Alger se sentía fatal. Un hombre acababa de morir delante de él. Quitó las manos de su pecho y retrocedió un paso. ¿Por qué demonios habría elegido como destino la sala de urgencias? Miró el reloj de encima de las puertas.

—Hora de la muerte, tres y cuarto.

Se quitó los guantes mientras Gómez se llevaba la camilla al fondo de la sala, hacia el ascensor que bajaba directamente a patología y luego al depósito del hospital. Allí probablemente se realizaría una autopsia, a causa de las misteriosas circunstancias de la defunción, y tal vez el forense pudiera decirle qué había sucedido. Pero nada de eso tendría ya ninguna importancia para el hombre de la camilla.

Alger miraba a Gómez con el rostro yerto. De pronto los párpados le parecían de plomo. En ese momento sintió en el hombro la mano de Dennis Crow.

—Hemos hecho todo lo posible. La gente se muere, y a pesar de lo que Duke pueda pensar, a veces no es culpa nuestra.

Alger miró a su compañero y luego se volvió hacia las puertas de la sala y suspiró al ver entrar otra camilla.

Doce horas más tarde Josh Kemper abría el pesado cajón de acero y Mike Lifton reprimía unas náuseas. El denso olor de la carne muerta se mezclaba con el frío antiséptico de la sala refrigerada. Mike hizo una mueca, deseando no haber acompañado a su amigo.

—Al final te acostumbras —dijo Josh, tirando del cajón con las dos manos. Josh era alto, flaco, de enormes orejas que sobresalían bajo su largo y fino pelo castaño—. Lo mejor es recordar la cantidad de dinero que estás ganando. Veinte pavos la hora. Muchísimo más de lo que sacas sirviendo café en Starbucks.

Mike intentó reírse, pero la carcajada se le quedó atascada en la garganta. Se tiró nervioso de las mangas de su pijama verde, frotando la suave tela entre los dedos enguantados. Miró por encima del hombro de Josh y se estremeció al sentir el sudor enfriarse en su espalda.

El cadáver del cajón estaba envuelto en una bolsa de plástico opaco. Mike retrocedió un paso cuando Josh abrió la cremallera.

—Allá vamos. Bueno, un buen fiambre.

Mike tenía la boca seca. Pestañeó y se mesó el corto cabello castaño. Ya había trabajado antes con cadáveres. Cuando era estudiante de tercer año había toqueteado y explorado bastantes para llenar una película de zombis. Pero jamás había visto un muerto tan reciente.

El hombre de la bolsa mostraba una palidez antinatural, casi un azul grisáceo. Tenía el pecho cubierto de vello rubio y rizado, los ojos cerrados y el rostro macilento, con la piel tensa sobre los pómulos. Comenzaba a aparecer el *rigor mortis*, y su mentón cuadrado sobresalía rígido y su cuello se arqueaba contra el cajón. No había señales evidentes de traumatismos, heridas o moratones. La única marca característica era un vistoso tatuaje en su brazo derecho.

—Bonito dragón —señaló Josh—. Trescientos dólares de piel que se van al garete.

Mike se estremeció ante la macabra idea. Sabía que el trabajo temporal que realizaba para el banco de piel era una buena forma de ganar dinero, y también una buena ocasión de hacer prácticas si decidía dedicarse a la cirugía cuando terminara los estudios de medicina. Pero, aun así, aquello le parecía macabro. Y la actitud de su compañero de clase empeoraba las cosas. Era algo más que el cinismo que otorga la experiencia. Josh Kemper no sentía respeto por nada. Durante el primer año en la facultad de medicina de Columbia estuvo a punto de que le suspendieran por jugar a la pelota con un páncreas durante la clase de anato-

mía. Sin duda se dirigía de cabeza a la especialidad de patólogo.

Mike siempre había sido más sensible que su compañero. En su primera clase de anatomía casi se desmayó cuando el profesor hizo la primera incisión en forma de Y. Y aunque durante los últimos tres años se había hecho más fuerte, todavía le quedaba mucho camino antes de ser capaz de manejar un bisturí de cirujano.

—Aparte del tatuaje —prosiguió Josh, abriendo del todo la cremallera de la bolsa—, parece en perfecto estado. Los dos brazos, las dos piernas. Y se ve que los del banco de ojos todavía no han venido.

Mike apartó la vista del cadáver e intentó calmarse. Es un trabajo necesario e importante, recordó. El cuerpo humano era reciclable, y eso significaba que alguien tenía que realizar el reciclaje. Corazón, hígado, riñones, ojos, piel... Alguien tenía que recoger la materia prima.

Pero esta idea no le ayudó en nada. Se mordió el labio, intentando no contar los cajones de acero que cubrían tres paredes del depósito.

—Si vas a vomitar —terció Josh—, hazlo ahora. Una vez estemos en el quirófano todo tiene que estar estéril.

—No voy a vomitar.

—Pues tienes peor aspecto que aquí nuestro amigo. Tienes que acostumbrarte a esto, tío. No es más que una masa de carne. Y nosotros somos los que despachamos en la carnicería.

—Eres asqueroso.

—Por eso me quieres. Mira la etiqueta del pie. —Josh echó a andar hacia un archivador al otro extremo de la sala—. Yo sacaré el expediente.

Mike rodeó el cajón abierto respirando por la boca. No pienses, se ordenó. Haz tu trabajo. Apartó la bolsa de plástico a ambos lados de los pies del cadáver. El muerto tenía las piernas largas y fuertes, cubiertas de vello rubio, y los pies muy callosos, con las uñas de los dedos amarillas, co-

mo las de un viejo. Mike se preguntó si habría padecido alguna clase de hongos.

Ahora estás pensando como un médico. Sonrió para sus adentros y luego buscó la etiqueta atada al dedo gordo. Al ver que no estaba arrugó la frente. Miró bajo los talones, pero no había ninguna tarjeta de identidad.

—Oye, Josh, no la veo.

Josh se acercó con un sobre de papel manila en las manos.

—A veces se cae debajo de los pies.

—He mirado por todas partes. No hay etiqueta.

Josh lanzó una maldición. Se metió el sobre bajo el brazo y levantó los pies del cadáver. Entre los dos registraron todo el cajón sin encontrar nada.

—¡Mierda! —Exclamó Josh—. Menuda cagada. Eckleman es un imbécil.

—¿Quién es Eckleman?

—El ayudante del forense. Lleva el depósito y se encarga de poner las etiquetas de identidad en los cuerpos y de que los archivos concuerden con ellas.

Es una mierda de tío, y además un borracho. —Josh hojeó el contenido de la carpeta—. Derrik Kaplan. Caucásiano, algo más de treinta años. Pelo rubio, ojos azules. Disensión aórtica aguda. Murió en la UCI.

Mike miró el cadáver.

—Bueno, éste es rubio y tiene los ojos azules. Pero no parece tener treinta años. ¿Dice algo del tatuaje?

Josh negó con la cabeza.

—No, pero ya te he dicho que Eckleman es un imbécil. Mira, éste es el cajón cincuenta y dos. Eckleman suele pasar de las etiquetas, sobre todo cuando la sala de urgencias está a reventar, y después del accidente de anoche...

—Oye, Josh, ¿no deberíamos preguntar a alguien? ¿Y si no es el cadáver que buscamos?

John se frotó el mentón con el dedo enguantado, miró hacia el ascensor en una esquina, donde una camilla espe-

raba para llevar el cuerpo al quirófano, y se encogió de hombros.

—Tenemos un cadáver y un permiso. Y aún más importante, tenemos reservado el quirófano durante la próxima hora para despellejarlo, así que vamos a lo nuestro.

Echó a andar hacia la camilla. Mike volvió a mirar el tatuaje del dragón, confiando en que su compañero supiera lo que estaba haciendo.

—Tú pon atención. Te prometo que te gustará.

Mike se mordió los labios detrás de la máscara. Josh toqueteaba una de las bolsas de suero intravenoso que colgaban de un pie de goteo sobre la mesa de operaciones. De pronto la bomba se conectó con un siseo y la piel del pecho del cadáver se hinchó como un enorme globo lleno de agua.

—El suero penetra en la base subcutánea —explicó Josh, señalando las otras tres bolsas de suero en las esquinas de la mesa—. La presión levanta la dermis de la capa de grasa. Así es más fácil hacer un buen corte.

Mike asintió con la cabeza, asqueado y fascinado a la vez. El pecho del cadáver, afeitado, preparado con betadina e inflado con suero, ya no parecía humano. La piel era suave y tersa, de un tono beige que Mike no había visto jamás.

—¿Saldrá sangre?

—No mucha —contestó Josh, tendiendo la mano hacia la bandeja de instrumentos quirúrgicos—. Hasta que le demos la vuelta. La mayor parte de la sangre se encharca en la espalda. —Cogió un reluciente instrumento de acero y se lo mostró a Mike. Parecía un cortador de queso gigante, con un pomo con números cerca de la afilada hoja—. Voy a ajustar el dermatoma en 0,09 milímetros. Se trata de cortar la piel tan fina que casi llegue a transparentarse.